

España en América, América en España Ensayo en torno a una convergencia geográfica

Dra. Ana Escalona O. *

Dr. Raúl Guerrero V. **

RESUMEN

Este breve ensayo aborda en forma conjunta el análisis de los espacios españoles e iberoamericanos como un atrevido desafío intelectual; pero su interés no acaba en el ejercicio académico. Este es en realidad una excusa para insistir una vez más en la necesidad de revitalizar los lazos entre España y la América Española, acaso alternativa para una Iberoamérica en busca de su identidad y para una España que se entrega a espacios más significativos del sistema mundial ignorando lo que el capitalismo ha venido haciendo ultra atlántico, como lo refleja palmariamente el territorio americano. No obstante, en él puede seguirse leyendo una herencia hispánica de fuerte base cultural, que invita a España, una vez aprendida la lección de geografía y de historia Iberoamericana, a reorientar su rumbo hacia el Atlántico y fomente un reencuentro que ha de ser tan fructífero como gratificante.

INTRODUCCION

A 500 años de distancia del descubrimiento, separadas por un océano y por un siglo de ausencia, España e Iberoamérica (1) constituyen sin embargo, una totalidad. Una totalidad innegable y edificada sobre dos soportes: el mestizaje americano y la referencia lingüística peninsular. ¿Hasta qué punto estos fundamentos palpitantes, la carne y la lengua, podrían sostener una "recreación" iberoamericana en estos tiempos de recomposición profunda del mapa mundial? ¿Constituyen estos cimientos comunes un capital susceptible de ser explotado con ese fin? A tales preguntas quisiéramos responder con este ensayo que aporta el punto de vista de la Geografía, en tanto que intérprete de las escrituras que los hombres han dejado sobre la tierra americana e ibérica. A su luz analizaremos convergencias y sincretismos, sus superposiciones, alteraciones, retoques y desapariciones a lo largo de los siglos. Haremos, en fin, la oportuna crítica y extraeremos de ella los materiales para defender una

recreación iberoamericana que, digámoslo ya, nos parece necesaria. Y todo ello emprendiendo una ruta dialéctica, como el mestizaje.

Se ha recordado mucho, con ocasión de la conmemoración de los 500 años del Descubrimiento de América, lo que España dio al Nuevo Mundo; lo que América aportó a España. Tras el brutal encuentro entre grupos humanos de cultura y civilización completamente diferentes, España impuso en América un nuevo orden material, social político y cultural. Es larga la lista de "dones" que, desde entonces, han ido y venido a través del Atlántico, pero aún habría que añadir aquellos que golpean la conciencia geográfica, como son las estructuras espaciales. En efecto los conquistadores llevaron al Nuevo Mundo los usos y formas castellanos de organización del espacio, adaptándolos a la realidad americana. Sobre esa estructura espacial de herencia española aparecen hoy superpuestas otras, resultantes de la explotación exacerbada del territorio americano desde principios del siglo XIX por parte del capitalismo europeo primero y

* Universidad de Zaragoza - España

** Universidad del Bío - Bío - Chile

1 En lo sucesivo, y por razones fundamentalmente de estilo, los términos "Iberoamérica" e "Iberoamericano" podrán ser sustituidos por "América" o "americano" sin que signifique por ello la ampliación de nuestro ensayo a los países al norte del río Grande. Asimismo, y siendo perfectamente reconocible por el contexto, el término "Iberoamérica" podrá incluir también a España.

norteamericano después. Si bien España experimenta, aunque con menos intensidad un proceso semejante, la "experiencia del espacio" en Iberoamérica es mucho más dolorosa y, sobre todo, invita a reflexionar a la España que, sólo en las postrimerías del siglo XX, se abre definitivamente al capitalismo global. Por todo ello la "experiencia del espacio" constituye otro don de Iberoamérica a España, que bien pudiera añadirse a la lista de sus aportes desde hace 500 años.

Nuestro ensayo es, en definitiva, un viaje de ida y de vuelta basado en la confrontación constante de los espacios de España e Iberoamérica; en una visión integrada que desafía a los problemas de escala, de la enorme diversidad de los ecosistemas, de las distancias geográficas e históricas que les separan, de los grandes contrastes que a su vez diferencias a los países centro y sudamericanos entre sí. Por ello hemos forjado tres principios teóricos que, a modo de herramientas, nos permitan proceder a ese análisis integrado de España e Iberoamérica. Los presentamos seguidamente.

I Fundamentos teóricos de un análisis integrado de los espacios ibéricos e iberoamericanos.

El primero de nuestros principios afirma que a partir de 1492 España y América constituyen una **totalidad**, puesto que los Reinos de Indias se incorporarán formalmente a la corona de Castilla, constituyendo la más importante construcción geopolítica de todos los tiempos. Esta construcción la culmina una cultura común cuyo testimonio más relevante es la lengua castellana. Pero también se puede reconocer la "totalidad" en los ecosistemas español e iberoamericano, mediante una lectura en paralelo de los mismos. Así un corte de norte a sur, que desde las verdes riberas cantábricas atravesase las tierras de la meseta hasta acabar en la árida costa almeriense, puede compararse por un efecto de zoom grandioso a un trazado que iría desde Chiloé hasta Sonora, esta vez a escala continental. No es de extrañar que los establecimientos españoles se sobreimpusieran a las conquistas agrarias de los pueblos americanos y rehuyesen hasta donde les fue posible las tierras calientes y las vastas llanuras donde se perdía toda referencia. La posterior independencia política y la fragmentación territorial no anularán completamente una

"totalidad" tan sólidamente cimentada ya que, si bien hay una efectiva ruptura de la secular unidad política y económica, la base cultural común permanece.

Según nuestro segundo principio la "totalidad" en que se integran España y América es también producto de un **proceso** de destrucción/construcción: destrucción selectiva del acervo americano y construcción de una síntesis que es el mestizaje genético y cultural de América. Paralelamente el proceso significará la integración del mundo ibérico en el sistema mundial y la entrada en los tiempos modernos. La recién constituida "totalidad", cuyos inicios se sitúan cronológicamente en el viaje de ida de 1492, registrará los intercambios -tanto capturas como pérdidas-, de los que habrán de resultar las contradicciones que, a la larga, darán lugar al divorcio de España y América. La separación, desarrollada durante todo el siglo XIX, se consumará prácticamente al mismo tiempo que la revolución industrial da un impulso decisivo al capitalismo europeo. Ante el impacto de la onda de choque de la independencia, los límites de los antiguos virreinos, intendencias y capitanías se comportan como otras tantas fallas, generándose así los nuevos países iberoamericanos. España, tras la amputación de su imperio ultramarino, se repliega, facilitando la inserción de Iberoamérica en el capitalismo mundial. La vieja metrópoli, mientras, realizará trabajosamente el tránsito desde la economía tradicional al subdesarrollo.

El tercer fundamento para el tratamiento conjunto de España e Iberoamérica lo constituye la **articulación espacio-temporal**. Este principio supone la incorporación del tiempo al análisis del espacio permitiendo explicar por qué hoy en la geografía del mundo iberoamericano coexisten fenómenos que, aun siendo contemporáneos, tienen un origen cronológicamente diferido. Una abreviación abusiva de este hecho es el concepto de dualidad, pero en la realidad los contrastes son mucho más ricos. De hecho la inserción de los territorios en las ruedas del capitalismo se ha producido a ritmos distintos y con diversa profundidad. Para dar un ejemplo limitado al mundo agrario, se observa que hasta hoy han coexistido en él estructuras de orígenes diversos, que reaccionan de forma diferente con

las reformas agrarias en función de los equilibrios locales entre los varios sectores productivos.

Los tres principios -totalidad, proceso y articulación espacio -temporal-, sustentan las tres partes de este ensayo: el reconocimiento inicial y comparación de estructuras espaciales; la reconstrucción posterior de los procesos que les dan origen, y la reflexión final sobre la experiencia pasada y las perspectivas futuras, con la vista puesta de nuevo en la totalidad España/América.

II España e Iberoamérica: espacios en paralelo.

El principio de "totalidad" hace viable el análisis conjunto de la realidad española e Iberoamericana. Ahora bien, ¿qué aspectos espaciales lo sustentan? La lectura de las estructuras espaciales de las geografías de España y América, permite reconocer diversos paralelismos que no pueden sorprender a quienes conocen su historia, y en particular su historia común. De hecho ni en España ni en América el tiempo ha borrado todavía las huellas de la organización territorial vigente en la España del siglo XVI y que se implantaron en el nuevo mundo. El análisis del espacio, que es también "tiempo solidificado", confirma este aserto. Es verdad que el impacto del capitalismo, en su afán homogeneizador de espacios y sociedades, ha podido establecer nuevas semejanzas, no sólo entre España y América, sino también con el resto del mundo. No obstante lo realmente distintivo del conjunto iberoamericano son los elementos espaciales que consideramos "de herencia hispánica", como la morfología de los centros urbanos, la estructura de la propiedad agraria, la organización del territorio, etc.

1. La organización del territorio en España e Iberoamérica.

Aunque se ha definido el espacio como "tiempo solidificado", los espacios español e iberoamericano están hoy más poblados que en el pasado. La población española, por ejemplo, casi se ha quintuplicado desde el siglo XVI. Sin embargo, también es cierto que la mayor parte del vasto conjunto español e iberoamericano es, desde el punto de vista demográfico, un auténtico desierto. A grandes rasgos las tierras

americanas reproducen los contrastes periferia-interior tan típicos de la distribución poblacional española. Tanto la Meseta interior española, como la Pampa argentina, como los llanos venezolanos; resultan inquietantes por su imponente vacío demográfico. Los cuatro millones de habitantes de la cuenca amazónica, seis veces más vasta que la del Ganges, contrastan con los cuatrocientos millones de hindúes a quienes el río acompaña en su vida y en su muerte. Sólo donde un fuerte poblamiento autóctono precedió a la instalación de los conquistadores, o donde el aporte más tardío de brazos de otros continentes reforzó el stock inicial, la población rural constituye por su importancia un factor de organización del espacio. Es el caso de las tierras de México y América central, de las islas del Caribe, y de las cuencas andinas.

Tanto en los vacíos demográficos del interior como en las orlas periféricas, las ciudades introducen un elemento de contraste de primer orden. Es el caso de Madrid, pequeño gigante de 5 millones de habitante en el centro de la meseta; y de las ciudades capitales de los archipiélagos de poblamiento iberoamericanos. España e Iberoamérica también tienen en común unas tasas de urbanización que se encuentran entre las más alta del mundo (por encima del 70% en varios países), aunque es todavía más llamativa la macrocefalia resultante de la alta concentración demográfica en las principales capitales regionales y nacionales. Estamos pues ante unos espacios que pese a su enorme heterogeneidad y dinamismo comparten una estructura relativamente simple. No tanto como la de "aldeas o desiertos", según la descripción de un cronista bajo medieval de las tierras del sur del Tajo. Sin embargo, elementos básicos de la misma siguen siendo las ciudades. Es este uno de los aspectos que mejor refleja las relaciones de filiación entre el espacio ibérico y el americano, así como la vigencia en España de antiguas formas de organización espacial. De hecho en la monarquía española del XVI, aunque la mayor parte de sus 8 millones de habitantes vivía en asentamientos rurales, las ciudades tuvieron un auge continuo e incrementaron notablemente su influencia territorial, basada fundamentalmente en la propiedad de las tierras de su entorno. En el nuevo mundo, por su parte, la fundación de una ciudad concretará

el impulso demencial de apropiación de la tierra y de la fuerza de trabajo de todo un continente. Quedará así fijado por largo tiempo el poblamiento y solamente en el siglo XX comenzará el descenso de los campesinos desde las tierras altas superpobladas hacia los vacíos tropicales.

En nuestros días la centralidad urbana típica del espacio iberoamericano se ha visto reforzada por la concentración de actividades industriales y de servicios cualificados propia del capitalismo. Las ciudades capitales, ya no son pues parásitas de la economía agropecuaria" (como ocurría en la Castilla del siglo XVI), y su influencia, extendida por las redes de transportes y telecomunicaciones, llega hasta los confines estatales. De ahí la fuerte polarización del espacio en nuestros países y la función complementaria o marginal, casi de reserva demográfica, productiva o medioambiental, que corresponde a la mayor parte de los territorios estatales.

2. Morfología y centralidad de las ciudades.

La importancia de la ciudad iberoamericana en la organización tradicional del espacio, se reconoce inmediatamente en su morfología. La disposición reticular de sus calles centrales, las dimensiones de las plazas, los usos de suelo, etc.; todo lo que constituye la forma española de la ciudad americana, responde a una peculiar concepción de la ciudad: la que los castellanos desarrollaron durante la repoblación bajomedieval e inspiró la colonización, aunque adaptada a los nuevos condicionamientos exigidos por la tierra y los hombres americanos. Por eso en los centros de las ciudades americanas es donde, a pesar del tiempo transcurrido, la identificación de la herencia hispánica es más inmediata. Pero también la rareza de los espacios periurbanos es otro rasgo que comparten ciudades castellanas y americanas. La propiedad rústica llega hasta las puertas de la ciudad y sólo en el caso de las grandes urbes en espacios de antigua ocupación, el cercano hábitat rural ofrece una mayor variedad. Igualmente la aldea castellana, terrosa y apretada alrededor de su iglesia, hasta cuyos muros llegan cultivos y barbechos, se reproduce en Salta, el altiplano andino, Ecuador o Chile central.

Las cartas de repoblación, como después las ordenanzas urbanísticas aplicadas en América, no dejan ninguna duda sobre la función clave de la ciudad en la organización del espacio. La centralidad administrativa de origen colonial fue mantenida con el advenimiento de la República, a lo que hay que añadir hoy la derivada de la concentración y la extraversion económica, que convierte a las capitales iberoamericanas en los auténticos centros dominadores de sus respectivos países. También en España donde, por ejemplo, Madrid consolida, a pesar de la descentralización administrativa, su rango de "capital del capital", de sede de las más importantes empresas industriales y de servicios españolas. No obstante los casos más espectaculares de concentración económica son los de algunas aglomeraciones americanas: Ciudad de México, Buenos Aires, Caracas, Quito, así como los de las capitales de los pequeños estados centroamericanos, donde precisamente por su menor nivel de urbanización la dominación de sus capitales es más acusada. El tipo de desarrollo latinoamericano, tanto el modelo exportador como el sustituidor de importaciones, ha hecho de las capitales nacionales puntos de enlace privilegiado con el resto del mundo, en los que se materializan las relaciones con el sistema mundial o con sus representantes más cualificados: Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano de Desarrollo, etc.

Los sistemas de transporte y comunicaciones, por último, favorecen y consolidan la siempre mejor accesibilidad de la capital y de las ciudades principales. Sin embargo, frecuentemente los extremos de las redes se detienen en las fronteras, franqueadas sólo por algunos grandes ejes internacionales (como la escasamente transitada carretera panamericana), o por antiguos ferrocarriles para exportación de minerales (como los que atraviesan Bolivia). Ello, además de acusar el efecto barrera de las más importantes unidades fisiográficas del espacio iberoamericano, recuerda su tradicional compartimentación económica; su todavía baja integración continental. Es también el caso de la España "europea", cuyas conexiones transpirenaicas son a todas luces insuficientes. Todo ello indica que en la organización general del espacio

iberoamericano los flujos centrípetos siguen siendo los más fuertes. Se confirma también, en cierto modo, la vigencia de viejas áreas de influencia; el mantenimiento de una regionalización económica cuyas raíces se hunden en la organización de ambos espacios durante los tiempos de la colonia.

3. La propiedad de los recursos y la situación del espacio rural.

Si se cambia la escala, si descomponemos el gran conjunto iberoamericano en distintas subunidades regionales, la búsqueda de paralelismos espaciales se torna mucho más complicada. Es difícil encontrar rasgos comunes entre lo que aparece como gigantescas teselas del también gigantesco mosaico americano y las más pequeñas del mosaico peninsular. No obstante, como en términos funcionales la intensa polarización urbana ha conferido a estos espacios un carácter "periférico", en ellos podemos encontrar desde las herencias más obstinadas en las estructuras agrarias tradicionales hasta las formas más avanzadas de explotación capitalista, como es el caso de yacimientos mineros o de plantaciones agrícolas. Contemporaneidad productiva, en suma, de sectores y actividades con orígenes muy distantes en el tiempo.

La huella del pasado en el paisaje iberoamericano es muy nítida. Tras la conquista, la apropiación de recursos naturales será lo que decida las formas que adopta el mundo rural americano. La utilización del caballo permitirá a los conquistadores reconocer en poco tiempo la variedad de los espacios naturales del continente y dominar inmenso territorios. El ganado vacuno y caballar abandonado se multiplica libremente, sellando la vocación ganadera de las vastas llanuras y pampas desde el Golfo de México hasta la Patagonia. Estos paisajes abiertos y desiertos, que cubren miles de kilómetros cuadrados, contrastan con los territorios exigüos de oasis, valles y cuencas intermontanas donde millares de campesinos viven a diario la experiencia de sus paisajes cargados de historia: mantienen canales y acequias de riego; roturan las tierras para cultivo y separan las de barbecho. Donde las condiciones lo permiten aparece el viñedo campesino o las magníficas propiedades burguesas con sus bodegas y lagares como inequívoco signo de la filiación mediterránea de su origen.

Pasado y presente conviven también en los paisajes agrarios españoles, desde las verdes colinas cantábricas hasta los oasis de mediodía y de Levante pasando por la sedienta Meseta. Pervive el clásico paisaje castellano de vastos horizontes dedicados al cultivo cerealístico extensivo de año y vez, moteado por viñedos rastreros; persisten las cintas regadas de los valles fluviales; también en el norte, en la España húmeda y minifundista, resiste la ganadería más tradicional. Y el pasado también pervive en la estructura social. Pequeños y grandes propietarios, minifundios y latifundios, siguen repartiéndose las tierras de forma extremadamente desigual. El caso andaluz, donde el 5% de las explotaciones controla alrededor del 50% de la superficie agraria total, es el mejor ejemplo, a la vez que suscita toda clase de inquietudes sobre un problema social cuya solución sigue aguardando. No es desde luego un problema fácil, como se ha demostrado en Iberoamérica. Las reformas agrarias de los años sesenta, urgidas por el hambre de tierras provocada por un crecimiento demográfico explosivo, debían acabar con el atraso "colonial" del campo y con la injusticia de la estructura edificada, como su modelo español, sobre el latifundio y el minifundio. Sin embargo, en la práctica las reformas realizadas en el laboratorio iberoamericano serán tardías, e incompletas por lo que respecta a la propiedad de la tierra. Se revolucianan, eso sí, las formas sociales precapitalistas que se mantenían en los campos, dando paso a la generalización del asalariado. Pero aquí se detienen las iniciativas reformistas de los gobiernos, quedando pendiente la inmensa tarea de transformar el conjunto de la agricultura.

Mientras ello ocurre, el campo iberoamericano y el español comparten los efectos de una clara opción por el capitalismo agrario. En América esto significa favorecer la creación de islotes de agricultura y ganadería de exportación, susceptibles de contribuir al saneamiento financiero de los países. Esta política, consecutiva a la renuncia del Estado a toda intervención, convierte a la reforma agraria en una estrategia arcaica y, sin resolver los problemas sociales, expone la producción a un mercado versátil e incierto. Paradójicamente, al minifundio histórico se le agrega el resultante de la parcelación de las cooperativas surgidas de la reforma agraria peruana, o de la extrema división

de los ejidos mexicanos. Se cae en un arcaísmo que frena la producción. Pequeños propietarios, campesinos sin tierras y desempleados terminan su deriva en las chabolas que rodean a las grandes ciudades, sin que se apacigüen ni la violencia ni los conflictos agrarios. En una auténtica estrategia de supervivencia muchos campesinos de Bolivia, Perú, Colombia o México recurren al cultivo de estupefacientes del que viven unas 120. 000 familias. Sólo esta inquietante realidad ha conseguido que se vuelva a mirar al campo, olvidado desde la euforia de las reformas agrarias.

En España la crisis de la agricultura tradicional y, más tarde, la incorporación al mercado agrario común europeo, han transformado notablemente técnicas y cultivos en tierras afectadas por la intensa emigración y el consiguiente vaciamiento de muchas comarcas rurales. Pero la modernización agraria continúa y provoca una reclasificación de los productores, en función de su capacidad para adaptarse a las condiciones de la demanda en un mercado cada vez más abierto y competitivo. No es esto fácil y por eso los campos españoles, tanto en las regiones del norte, como del interior y del sur, muestran demasiado a menudo las dificultades que supone adecuar los cultivos a las pautas del mercado. Y por si fuera poco los pequeños campesinos y las comarcas menos desarrolladas se ven abocados a un futuro incierto, bajo el signo de la reconversión decretada desde Bruselas: nuevas ocupaciones y nuevos usos del suelo para personas y espacios que el sistema no necesita.

En América Latina la desigual distribución de la propiedad de la tierra, de los yacimientos mineros, de *los bosques*, de *las aguas* y de *los pastos*, la distingue de otros mundos. Todos estos factores productivos son hoy reestructurados por el imperio del capital. En cuanto a los refugios de ayer, los palenques de los negros marrones escondidos en los bosques y sierras inaccesibles, acogen hoy guerrillas políticas, narcotraficantes, minorías étnicas.

La desertificación general y la marginalización que afectan a una gran parte de los territorios, no es el único rasgo que comparten los hombres del mundo rural en España e Iberoamérica. La incorporación de espacios agrícolas por la iniciativa capitalista en Almería hasta entonces vacantes, es otra

convergencia esta vez con la América de los frentes pioneros. Pero en el caso de las fronteras de recursos energéticos, mineros o forestales, el nuevo mundo se individualiza por la profunda impronta del capital internacional. La profundización del capitalismo crea en suma espacios productivos a veces enclavados y espacios de abandono tan comunes a la geografía española como americana.

III El proceso de configuración de los espacios iberoamericanos: un paseo por el tiempo y por el espacio.

La confrontación de los espacios iberoamericanos, de esa inmensa totalidad, ha puesto de manifiesto la similitud de sus estructuras espaciales, de su organización territorial. A las convergencias heredadas de la historia común, se añaden las acarreadas por la inserción de España e Iberoamérica en el sistema capitalista mundial. En definitiva la totalidad española e iberoamericana muestra hoy un aspecto muy distinto del de aquella primera del siglo XVI. Efectivamente, el tiempo no pasa en balde y serán intensos procesos los que afecten a ambos espacios durante más de tres siglos de integración (en el tiempo de la ida), y menos de dos de separación (el tiempo del divorcio). No obstante, lo que queda de la herencia hispánica, y el por qué queda, es una evidencia de la fortaleza de los signos escritos hace 500 años y de su vitalidad cultural.

1. Procesos espaciales en los tiempos de la ida.

Es entonces cuando se ponen las bases espaciales de la "totalidad". Los conquistadores descubren maravillados las avanzadas culturas azteca e inca, sus construcciones y sus productos agrícolas, creados en el extraordinario laboratorio genético que son las altas tierras tropicales americanas y futuros salvadores de cuerpos en el viejo mundo. Pero España prolonga más allá del océano la cruzada de salvación de almas y decide hacer del nuevo mundo un territorio de colonización y no de factorías. En él se reproducen las estructuras del espacio y la sociedad peninsulares, empezando por la creación de ciudades. A la vez que surgen por doquier las homónimas americanas de Trujillo, Santiago, Mérida o Cartagena, se les adscriben los territorios circundantes en literal transposición del sistema comunitario

castellano. Y se constituye desde sus inicios de una sociedad desigual, encabezada por la aristocracia de la tierra y los comerciantes, y sustentada en la disponibilidad de brazos indios de encomienda. En definitiva los españoles en América no trataron de romper el sistema pseudo-medieval-modernizante que habían establecido en España los Reyes Católicos, sino de encontrar nuevas oportunidades para beneficiarse de él a la vez que lo fortalecían. Todo ello, además, al impulso de la conquista que se prosigue por selvas, cordilleras y ríos inmensos, aportando la loca aventura, hito esencial del nacimiento del espíritu moderno. Pero harán falta todavía más de 200 años para vencer la tenacidad de poblaciones belicosas como los chichimecas al norte de México y los araucanos al sur de Chile.

Mientras tanto en la parte española de la totalidad ya nada será igual. Los crujientes galeones de la carrera de Indias llegan a Sevilla cargados de cueros, azúcar, cochinilla, índigo y sobre todo plata y oro para financiar las guerras europeas, contenerá los turcos, lucrar a familias ilustres. Sin embargo las nuevas riquezas no habrán de promover una mejora sustancial en la situación de una Corona aquejada de diversos males. En los campos castellanos el empobrecimiento económico se agrava por la inflación que desata la afluencia de metálico, lo que intensificará la emigración hacia las ciudades. No obstante la evolución demográfica urbana tampoco será mucho mejor, aunque algunas ciudades castellanas y andaluzas, siguiendo el ejemplo de Sevilla y Madrid, disfrutarán durante largo tiempo de una ostentosa prosperidad basada en la riqueza rentista y comercial. Como consecuencia de los intercambios con América los campos andaluces y castellanos incrementan sus producciones de trigo, vino y aceite, a la vez que en Galicia el maíz produjo una lenta revolución que se remata en el siglo XVIII y XIX y hace posible un gran aumento de población. La expansión de la patata sería más tardía.

La sociedad y la economía española se transforman pues en esos siglos esenciales, en los que tantas iniciativas surgen pero tantas se frustran. Al incremento de roturaciones para abastecer el mercado americano, le sigue el agotamiento de las tierras y el empobrecimiento de quienes se habían endeudado para

aprovechar la coyuntura. Pero la incipiente industria nada puede hacer ante una política exportadora de materias primas que frenó enormemente su desarrollo, ni ante la facilidad para compensar mediante compras en el extranjero los problemas de diversificación, costo y calidad de lo que se fabricaba en España. El tránsito de la artesanía a la industria sólo se atisba en los textiles catalanes y en actividades tuteladas por el Estado y destinadas a la guerra, como la construcción en astilleros vascos de los galones que protegían la ruta de las Indias. Paradójicamente, sin embargo, había que importar el cobre de Hungría, Suecia o Venezuela debido al cierre de las minas de Almadén.

Durante las últimas décadas de la "totalidad" política se acometen en España esfuerzos de modernización en el campo y en la industria, incluso de repoblación territorial. Lo que está en juego es ni más ni menos que el tránsito de una economía de base agraria y mercantil a los primeros intentos de industrialización y desarrollo capitalista. El proceso será largo, lleno de resistencias y tensiones, conflictos y dificultades; y pocas veces coronado por el éxito. No obstante mientras España "vuelve a la realidad" y reflexiona sobre sus auténticas posibilidades como país, en las tierras americanas se exacerbaban los problemas sociales y se prepara el desplome del imperio español.

2. Procesos durante los tiempos del divorcio.

Por los tiempos del divorcio se cosechan los frutos de la Ilustración, que pone en evidencia las profundas contradicciones y anacronismos del sistema colonial. La aventura minera sigue siendo la base de la riqueza y en los campos se consolida una estructura social servil que llega hasta el siglo XX. Se produce una gran expansión económica, presidida por el aumento espectacular de los intercambios con la metrópoli. Pero con sus reformas del Siglo XVIII España intenta un mejor trasvase hacia sí del excedente de producción de América, privando de él a los grupos dominantes criollos. La monarquía refuerza su autoridad multiplicando las audiencias, órganos del poder, y la unidad religiosa de América no se discute. La Iglesia misionera de la conquista deja paso al establecimiento secular, pero la expulsión de los

jesuitas de las misiones del Paraguay termina con la última utopía militante. El descontento de las clases altas criollas impulsa desde comienzos del Siglo XIX la lucha emancipadora y la independencia supondrá también el fin del antiguo régimen, anticipándose en esto a la metrópoli. El divorcio se consuma aunque haya que esperar al final del siglo para que se pierdan las últimas posesiones del antiguo imperio. Paradójicamente, el divorcio también se hará extensivo a las relaciones de los antiguos reinos entre sí, que al dejar de ser colonias darán muestras de una notable disgregación. Se rompe el mosaico de la "totalidad", en sus espacios de difuminan viejas estructuras de herencia hispánica; España y América afrontan sus relaciones con el capitalismo por separado.

En América la dolorosa independencia de España no se acompañó de una descolonización interna y sus estructuras sociales sufren hasta hoy de un dualismo paralizante. De hecho siguió la rígida jerarquización social y el poder económico se reconcentró, al beneficiarse las élites criollas de la expropiación de los bienes de la corona. Los indígenas siguieron marginados y la suerte de los mestizos pobres tampoco cambió sustancialmente. Si no hubo revolución en lo social tampoco la hubo en lo económico. Las nuevas repúblicas no encontrarán sistemas estables y caerán de continuo en una nueva dependencia del exterior. La liberación había sido presentada como una inmensa posibilidad de progreso; pero para ello hay que abrirse al capital inglés sobre todo, después norteamericano. Con él llegan ferrocarriles, máquinas y modas; pero también explotación, dependencia, y conflictos que ensangrientan países hermanos. Se consolida así un conjunto de economías subordinadas, basadas en la exportación de unos pocos productos básicos y sin ninguna posibilidad de competir con las de países más avanzados.

Y también las áreas de interés cambiarán en relación con los tiempos coloniales. Los millones de brazos que llegan desde Europa a las tierras del Río de la Plata desde fines del siglo XIX, desplazan el centro demográfico del continente sudamericano del Pacífico al Atlántico; pero los nuevos emigrantes, cansados de arrastrar sus miserias, van a sufrir demasiado a menudo la frustración de sus sueños

agregándose a los postergados de siempre que reclaman justicia social agitando la vida política del continente.

Mientras América se abre completamente al mundo, España continúa el camino que le llevará de la economía antigua... al subdesarrollo. En ese esfuerzo desempeñarán un papel esencial los capitales repatriados de América, en lo que casi constituye una penúltima contribución de Iberoamérica al desarrollo español. Más difícil será suplir el inmenso mercado americano, aunque el proteccionismo reservará el mercado español a los propietarios cerealistas castellano-andaluces y a los grupos burgueses de la periferia industrial (textiles catalanes y ferreteros vascos), aliados para conservar una hegemonía que se mantendrá prácticamente hasta la entrada de España en la Comunidad Europea. No obstante, muchas pequeñas empresas textiles catalanas y toda la sedería valenciana ya no se recuperarían de la pérdida del mercado colonial. Pero a pesar del proteccionismo imperante no elude tampoco España una estrecha dependencia del exterior tanto de capitales, como de materias primas y de técnicas, integrándose en el capitalismo occidental con un papel secundario que también va a mantener hasta nuestros días.

Son años, por último, en los que se define con nitidez la otra gran constante española contemporánea (de su economía, de su sociedad, de su política y también de su geografía): el dualismo. Sánchez Albornoz lo ha descrito así: en los campos "técnicas rudimentarias, que exigían escasa inversión de capital y abundante empleo de mano de obra, subsistían intactas desde tiempos inmemoriales y mantenían estancados los rendimientos de la tierra. La mayor parte de la producción agraria se destinaba al consumo de la gran masa rural y sólo una pequeña proporción entraba en el mercado. Pero una economía capitalista inmadura se yuxtapone, dentro del mismo espacio, con esa economía tradicional vigorosa; la industria textil, el crecimiento de la red ferroviaria, la expansión de la agricultura de exportación en el litoral mediterráneo, el sistema bancario, la gran industria extractiva, etc., son algunos elementos de esa nueva estructura en formación". Naturalmente ese incipiente desarrollo capitalista hubiera sido inviable sin la aportación del capital extranjero, del que España

será ya altamente dependiente.

La traducción espacial de la dualidad la constituye el desequilibrio regional, herencia de ese pasado inmediato y que los procesos de desarrollo y concentración espacial capitalistas de los años sesenta y setenta van a profundizar. En el campo se inicia en la inmediata posguerra una mutación todavía a la espera de la reconversión de los espacios tradicionales definitivamente perdidos para la causa desarrollista. Al mismo tiempo, el capitalismo agrario sanciona la modernidad de la gran propiedad y deja atrás para siempre la idea de la reforma agraria. Las cohortes de asalariados encontrarán refugio sucesivamente en la emigración, en las actividades agrícolas y turísticas del litoral andaluz y mediterráneo y en los subsidios. Las ciudades crecen extraordinariamente sin que la base industrial justifique más que en muy pocos casos, generalmente en las capitales y aglomeraciones del norte y nordeste, el explosivo crecimiento demográfico que, por cierto, provoca el deterioro, a veces irreversible, de preciosos vestigios del pasado.

Se consolida así un modelo territorial en el que se multiplican los contrastes entre lo urbano y lo rural, el norte y la mitad sur, la periferia y el interior, entre el este y el oeste, entre el Mediterráneo y el Atlántico. En esto España acabará pareciéndose a Iberoamérica, que sigue su camino seducida por el ejemplo norteamericano. El desarrollo del modelo mono-productor derivó en un control cada vez más directo de las rentas por las ciudades capitales, centros del poder social y político. La renta del salitre y luego la del cobre, producidas a miles de kilómetros de distancia, han sido legendariamente controlada por Santiago, así como la que proviene del petróleo lo es en primer lugar por México, Caracas o Quito, que no producen una gota. Esta concentración alcanza hoy a países como Colombia o Ecuador, donde la compartimentación del espacio permitía el juego de poderes locales. Más tarde la industrialización por sustitución de importaciones, que por los años sesenta se convierte en el credo de los dirigentes iberoamericanos, va a reforzar todavía más la primacía de las capitales, que recibirán costosas inversiones.

La división social y territorial se consolida y en casi todos los países las clases dirigentes

adoptan los modos de vida y la ideología prestigiosa occidental, el modelo democrático norteamericano. En las ciudades ocupan los barrios más distinguidos, disfrutando plenamente de las bellezas de una naturaleza esplendorosa que deja boquiabiertos a los turistas europeos. Son también los barrios más protegidos del sitio al que los "pueblos jóvenes" someten a las antiguas capitales. El caso de Lima es ejemplo que se repite, aunque en este caso haya que lamentar especialmente el deterioro que, la ocupación del centro por inmigrantes abandonados a su suerte, está provocando en la antigua Ciudad de los Reyes. Quienes no emigraron conservan en sus lugares de origen estructuras económicas y sociales que datan de la época colonial. Así el diálogo entre la llacta del campesino andino y el computador es aún más difícil que aquel que pretendieron entablar hace un siglo el gaucho y el "doutor".

Al término de este proceso, de la herencia hispánica en América ¿por qué queda entonces lo que queda y dónde queda? Sin tener la pretensión de aportar una respuesta completa a ambas preguntas, podemos proponer algunos elementos de análisis. Se refieren a tres ejemplos correspondientes a otras tantas teselas del vasto mosaico iberoamericano, aunque de tamaño geográfico y espesor histórico diferentes. Así en las áreas de grandes culturas (México, Perú) al poblamiento autóctono se le superponen las estructuras sociales declinantes de la España medieval. Las nuevas condiciones de acceso a la tierra reestratificarán la sociedad paralizando la evolución económica, aunque enriqueciendo el patrimonio cultural. En cambio en las tierras de colonización donde dominó el elemento hispánico (Chile meridional, Antioquía, altas tierras de Costa Rica), el proceso de apropiación de la tierra dio lugar tanto a pequeñas propiedades familiares como a vastas heredades. Las actividades agrícolas tradicionales sobrevivieron prácticamente hasta el advenimiento de la agricultura moderna en pleno siglo XX. Desde entonces la demolición de las bases materiales heredadas deja subsistir, no obstante, las tradiciones, el folclore; signos en suma de identidad colectiva y de experiencias compartidas.

Por último, en las fronteras agrícolas que se abrían a finales del siglo XIX en las pampas del Río de la Plata, en la Araucanía, tierras en

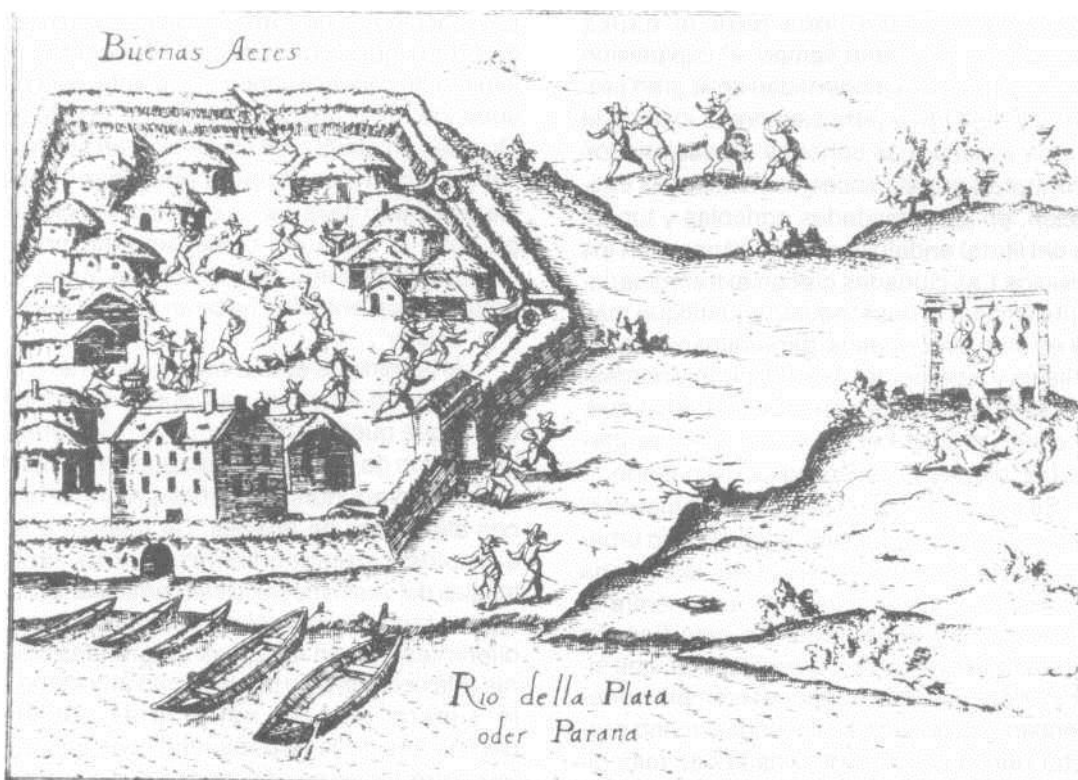


Fig. 1 Para los conquistadores, hombres del renacimiento, la presencia de América abrió el camino a todas las utopías y fantasías. Estas se plasmaron en los mapas y la iconografía contemporánea. Es el caso de esta reproducción de Buenos Aires proveniente de la pequeña lámina de cobre intercalada en la edición latina de la crónica de Ulderico Schmiedel, editada en Nuremberg en 1599. Sin embargo esta visión de un momento de hambruna en la época de la primera fundación de la ciudad, apenas si exagera lo que fueron las dificultades de un establecimiento costero desprovisto de población indígena de apoyo. En el momento crítico como el que describe el cronista, los colonos incursionan en la pampa a la captura de baguales, mientras las barcas permanecen desesperadamente vacías en la ribera y se registran escenas de canibalismo.

In: *Iconografía de Buenos Aires Colonial*; por Félix F. Outes. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1940.



Fig. 2. - Este mapa de la península Ibérica es el mismo que se editó, tres decenios antes, siendo rey de España Felipe III y cuando Portugal formaba parte todavía de la monarquía española. Están los nombres de los distintos reinos, principados y regiones que luego aparecerán en un mapa particular; más detallado: Navarra, Vizcaya y Guipúzcoa, Asturias y León, Galicia, Portugal, Castilla y Extremadura, Andalucía (Sevilla y Córdoba), Granada y Murcia, Valencia, Aragón, Cataluña y Baleares.

In: Bosque M, J. y Vila Valentí, J. dirs.: "Geografía de España, 1 Barcelona, De. Planeta, 1990. pp. 42.

principios "liberadas" del peso del pasado, se reescribió rápidamente una nueva historia latifundista. "Viejas" estructuras agrarias van a soportar la producción de países "nuevos". No ocurrió aquí como con los "homesteaders" norteamericanos, que dejaban tras ellos una historia complicada para abordar una geografía simple, abierta a todas las innovaciones y las creaciones. En Iberoamérica la historia maniató a la geografía.

Conclusión: ¿Los tiempos de la vuelta?

América sufrió el trauma de la conquista como también el trauma de la independencia afectaría a la totalidad del mundo ibérico e iberoamericano. Después, ya separados, han continuado su historia, que ha sido básicamente la de su incorporación, siempre más precoz y profunda la iberoamericana, al sistema capitalista mundial. La trayectoria iberoamericana ha sido dolorosa dejando al continente en una postración de la que el peso de la deuda externa hace difícil salir. España, después de los años de repliegue durante el régimen franquista, se abre incorporándose decididamente a la Comunidad Económica Europea; y tras el leve sueño del 92 ha despertado bajo la amenaza del tremendo déficit público y del desempleo. Frenéticamente se hacen esfuerzos para no perder el tren europeo

en esta época de competencia internacional, aunque sea el precio de convertirse en bastión de una fortaleza erigida para defender a la vieja Europa de los desheredados que llaman a su puerta.

Podría pensarse que se consolida así la ruptura y que España da definitivamente la espalda a las tierras ultraatlánticas (y a sus hombres, vergonzosamente rechazados en los aeropuertos). Sin embargo, los emigrantes iberoamericanos (peruanos, dominicanos, colombianos, como antes argentinos, chilenos, uruguayos) son testigos y narradores, en español, de una experiencia vital y espacial que debiera hacer reflexionar ahora que el neoliberalismo y el conservadurismo ganan tantos adeptos.

La deriva de los continentes los separó para siempre; pero el divorcio no borró la cultura común engendrada por aquella "totalidad" y sin pretender recrear el pasado en estos tiempos de nacionalismos intransigentes, el nuevo encuentro de España e Iberoamérica debiera permitir reconstruir los puentes morales y políticos por los que pueda atravesar un nuevo cargamento de ideas y acciones, necesarios en este momento de recomposición geopolítica del mundo.

Nota

Como reconocerán los lectores, este ensayo está en deuda con una extensa nómina de autores a quienes sería interminable citar por lo que se ha decidido no hacerlo.